

Índice

Sam el devorador de Almas.....	2
Una rosa de invierno:	4
Esta noche no me apagues el sol	6
Hasta que la vida nos separe.....	9
El amor no tiene un rincón para dormir	12
El parque	13
Sábanas limpias.....	15
Cuando se suicidan los Árboles de navidad	18
No existía nadie en el mundo para mí.....	20
Un rayo de luz	22
El tren	26
Eres un Tipo Flojo	30
El final de Sam.....	33

Sam el devorador de Almas

Yo tenía el presentimiento de que todo se pagaba dentro de mí, todo, hasta mi alma. Caminaba a las 8:30 de la mañana por la avenida Crowley, el sol ya comenzaba a quemar mis poros y mi piel no sentía dolor, normalmente todo dolor físico, me parece muy superfluo y trato de ignorarlo. Arribé un camión que se dirigía a la ciudad, cerca de mi trabajo en la oficina de teléfonos. Mi nombre es Sam, por cierto, me olvidaba de presentarme, ya se llevaban la imagen de un verdadero maleducado, no suelo serlo, pero doy pésimas primeras impresiones. Entonces, ¿Dónde me quedé?, ah: estaba en el maldito camión, junto al calor de las nueve de la mañana y unas cuarenta personas transpirando todo su sudor y su odio a mi alrededor. Todos me odian, y se odian entre ellos, pero de esto último no estoy del todo seguro. Lo cierto es que en camión apareció una mujer de ojos negros, negros en serio, casi infinitos en es cornea maligna, bajo unas cejas negras con unas manos blancas y suaves, pudiera haberlas devorado de solo un mordisco, -oh dios- me encantan esas manos casi vivas, casi muertas, en medio de la nada, en un vehículo a las 10 de la mañana.

El trayecto se hacía largo, en lo absoluto era de lo más aburrido cruzar miradas con la única persona que valía la pena, mirar (la de los ojos negros, ¿recuerdan?). Los demás eran seres sin filtros, cascaras de cartón, hombres y mujeres de madera.

La trigueña conseguía empalmarme solo con estar ahí, hay personas así que con solo existir pueden cambiar todo tu universo. Ella era inocente, no sabía nada de Sam, Sam el devorador de Almas, no sabía que quería dejarla vacía como los demás seres que la rodeaban

en esos instantes, y no era una cuestión personal, necesitaba su esencia, yo ya no tenía una propia, y no me quedaba otra opción que consumir la de los demás.

Había otra chica en el camión, bueno, no tan chica, en realidad debía tener unos 50 años, pero estaba loca, todos están locos de alguna forma, pero en ese momento nadie lo estaba como ella. Lograba ponerme muy caliente con todo lo que hacía, más que la trigueña diabólica. Todas las mujeres me enfermaban de una forma brutal- llegué a pensar- y sus gestos y su boca abierta, y su pelo y sus dientes me tenían muy cerca de fallármela ahí en frente de todos, pero uno siempre conserva la moral, bueno, al menos en mi caso eso me era inevitable. Me habían educado ``demasiado bien´´

Los ojos negros bajaron del carro, también la loca, y yo al fin también salí de aquel pedazo de infierno. pagué, caminé perezosamente hacia la oficina de teléfonos y me fumé un cigarrillo barato en el trayecto - no se fuma en el trabajo- decía mi jefe, y yo siempre obedecía, lo hacía casi todo el tiempo, era una máquina de acatar ordenes terriblemente absurdas. era una máquina en todos los sentidos menos en el de observar a los demás. Observaba todo el tiempo, en la calle, en el trabajo en los bares: ebrio, o sobrio, era magnifico contemplar la decadente belleza de los demás seres de la tierra mientras nadie se daba cuenta de que yo me alimenta de ello, no podía vivir, no podía si quiera respirar sin aquel simple acto de refugio en todas las demás vidas, y es que la mía estaba ya lo suficientemente vacía como para beber de ella.

Sam le temía a la oscuridad, Sam pensaba que todos podían secuestrarlo, a la una de la madrugada, y a las doce del mediodía. Sam era estúpido y no sabía ligar con las mujeres, Sam odiaba a los

demás sin motivos precisos. Sam se meaba encima en callejones oscuros. Sam se metía coca, se empalmaba con tías de cuarenta y estaba enamorado de una chica llamada Sara, yo era Sam, y eran ya las 4 de la tarde, faltaban -oh dios- cuatro horas aun para salir del trabajo. El aburrimiento hacia lo suyo mientras alguna que otra chica de turno me texteaba ene l WhatsApp: -hey he leído tu ultimo relato, me parece brutalmente inusual ¿en verdad odias a las mujeres? -

Yo no contestaba, me pesaba hacerlo. Y a pesar de que necesitaba urgentemente una compañía, alguna parte de mi espíritu me hacía evitar toda presencia humana en mis días.

Tic toc, ya son las nueve y treinta. Casi puedo ir a casa. Nada pasó hoy, nada pasa jamás, ni pasará unca. suena el teléfono, una voz femenina contesta al otro lado del móvil: hola me llamo Malva...

Será una larga noche...

Dani lè Prince

Una rosa de invierno:

Tengo una ulcera en el estómago, y duele todos los días, pero lo se llevar, Sam sabe cómo llevar casi todas las cosas. las agujetas sueltas, los pantalones descocidos, las ideas fuera de contexto, las mujeres... no, las mujeres no son posibles dentro del mundo en el que existo, ¿Dónde están las mujeres?, en todas pares, me respondo, -en ningún lado- me contradigo.

Todas las mañanas debo llegar a algún sitio, hoy toca el bar de la esquina, es sábado, no tengo más que hacer que intoxicarme hasta los huesos.

El gas no funciona, ni el agua, la luz a penas, y la casa se mantiene en pie por pura inercia, y yo sobrevivo en medio de todo ese caos de energía humana sin un solo rasguño. Entonces estoy sentado en el bar de la esquina, me pido un vodka, lo termino, un bloody mary, me sabe a mierdas de new Orleans, jamás he ido a new Orleans, pero lo imagino, a mi modo por supuesto.

Mi móvil suena constantemente, me aburre, miro a todas partes y todos están demasiado ocupados con sus trabajos, sus esposas infieles, sus heridas del vientre y su calvicie incipiente. A mí me parece bien que nadie moleste, especialmente un sábado en la tarde.

Se cuele por la ventana un viento frío, es invierno, inminentemente la soledad comienza asentirse un poco más amenazante que otras veces, no sé por qué, pero sentir frío viene ligado a una extraña necesidad de compañía humana.

Sam trata de evitarlo todo, las facturas y los vendedores de periódicos, las postales de invierno, los amantes de la literatura y el cine, bueno, casi todo. Hay una rosa, inevitablemente hermosa. Tiene la piel como la cera y el cabello es una pintura de Van Gogh, sus ojos son de Ámbar y sus manos son delgadas como los hilos de seda. Es una rosa de invierno, clara y transparente como la silueta de un corazón.

Sam necesita ver unos ojos en el cristal de su ventana, y ahí están, suena el teléfono una vez más, es ella, la de cabello de van Gogh. Normalmente no le contesto nada. Pero es tan tierna como un retoño de ciruela. El humo del bar comienza a hacer contraste con los mensajes de Emily, todo hace contraste con ella, hasta la sombra, hasta la luz, hasta Sam hace una inusual transparencia con las palabras que ella concibe bombardearle a cientos de kilómetros.

Son las 8:15 de la noche, la vida tiene más sentido que en la mañana, el vodka le da sentido a las vidas como las mías, cuando el sentido se comienza a perder, es porque necesitas un poco de alcohol en tu cerebro. De vuelta en mi apartamento releo los mensajes de todo el mundo, sobre todo los de Emily. No entiendo nada, no respondo absolutamente nada y me quedo sentado en calzoncillos encima de la cama frente a la pared.

Hay una rosa que necesita de un agua que solo brota de estas entrañas podridas - me digo a mí mismo- hay una rosa que ha nacido e invierno solo para Sam, El invierno es brutal para muchos, por suerte no para mí esta noche.

Esta noche no me apagues el sol

Aprendí a beber wiski con un marinero de Las Bahamas sentado en la esquina más oscura del bar del pueblo. Me gustaba aquel sitio especialmente porque estaba lleno de personas iguales a mí, o parecidas al menos, devoradores de sueños, de comida, de incienso, de sexo, y yo... Me quedaba ahí todas las noches hasta la madrugada escuchando historias de borrachos que carecían de coherencia, pero llevaban los ánimos de un actor de Hollywood y el entusiasmo de un universitario de primer año.

Siempre llegaba a mi pocilga muy ebrio, rodaba hasta la cama, me quitaba los pantalones y la camisa, siempre olvidaba los calcetines, y me sentaba en las sábanas sucias en calzoncillos, recordaba la imagen de la camarera del bar: ohh, que maravilloso culo, que pelo tan suave, su acondicionador era bueno....

Prescindía sin embargo de material interno, algo estaba muy vacío en ese pecho, en ese cerebro, era un trozo de carne que ya comenzaba a oler. Me tendía en mi cama, rendido, el gato se acurrucaba ronroneando junto a mi oreja y allí el sol me alcanzaba al medio día, pero no despertaba por la luz, aunque me molestaba no me movía de mi sitio, permanecía allí unas dos horas más en ese agujero de mi cuarto. Todo transcurría en un ciclo infinito e indestructible, la casera me gritaba tocando fuertemente la puerta con sus gordas manos - levántate hijo de puta, Sam, sé que estás ahí, puedo sentir tu olor a mierda desde aquí afuera- llevaba tres semanas sin pagar la renta, jamás le contestaba, y ella dejaba de dar alaridos y se marchaba, yo le pagaba luego, siempre lo hacía. Los niños del barrio lanzaban escupitajos a mi ventana de vidrio y yo los perseguía como un demente por dos cuadras y media hasta que me aburría, - ¡que les den! Decía, y regresaba a mi puerta.

Una tarde mis tripas hicieron una grandiosa sublevación en mi barriga, me había olvidado de comer en todo el día, y el día anterior, estaba tan flaco que parecía diez años más viejo de lo que en realidad era. Salí a comprar algo de pan, el sol brillaba despiadadamente sobre aquel infierno de ciudad, sobre nuestras cabezas -me compadecí de los calvos-, llegué u compré dos panes con chocolate, la dependienta me observó con una fea mueca y yo le mostré el dedo.

De regreso observé con mucha curiosidad un auto mal estacionado a un lado de la calle, aquel chisme echaba humo por todas partes, estaba muerto. Frente al auto había una mujer bajita, de hermosas piernas, con muchas pechas en su rostro, era como un cielo de verano completamente estrellado. Su cabello era rojo y corto, me gustaban las mujeres de pelo corto, las mujeres así siempre saben lo que quieren, y normalmente siempre llevan consigo un alma...

Me acerqué a ella, - estas jodida nena- le dije -Al parecer si - contestó si mirarme. - Oye vivo al doblar la esquina, si quieres vamos allí conmigo y

mientras esperas el remolque nos tomamos unas copas. - no hace falta, gracias, no necesito una copa ahora mismo, lo que necesito es un auto- - muy bien, vete a la mierda entonces- le di la espalda y seguí hasta mi casa, que podía verse desde donde mi pelirroja estaba parada. Volví a sumergirme en mi cama, pasaron quizá unas dos horas y sonó el timbre de la puerta, fue extraño, nadie llamaba al timbre, solo venían locos y borrachos a golpear la madera como si fueran a derribarla, era ella, los ojos llenos de lágrimas, algo desesperada, - ¿aun tienes esas copas? - me dijo, -eres una zorra insolente- aseveré entre una risa cargada de ironía. - entra, tengo ginebra-

Ella se sentó en el sofá, muy al borde del asiento, miraba a todas partes, yo continué hasta la cocina y volví con dos vasos llenos de ginebra, ella no tardó en acabarlo y yo a panas toqué el mío, miraba su boca de fresa, sus piernas blancas, sus ojos pardos, era una cosita muy bella frente a toda esta horrible apariencia mía, metida en este trozo de choza semidestruida, hablándome.

Ni dije más de diez palabras, ella me contó que iba a una exposición de artesanías cerca de la ciudad contigua, era coleccionista, se parecía a mí en ese sentido, solo que coleccionábamos cosas muy distintas. Tenía un bello espíritu aventurero y juvenil, me animaba hablar con ella, me acercaba y la escuchaba más atento, y observaba su boca abierta, húmeda, y le di un beso, ella se apartó frenéticamente y quiso salir corriendo, pero tropezó con la mesita de centro y callo de bruces al suelo, rompiendo el vaso de cristal que aun llevaba en la mano con algo de ginebra.

-oh dios, que has hecho- me dijo llorando, -oye yo solo te besaba, tu fuiste la que intentó salir disparada por la puerta, vete al carajo- decía esto mientras la ayudaba a levantarse del suelo delicadamente, lo más que pude al menos. Su mano sangraba por el cristal roto, busqué enseguida unas vendas y la desinfecté con wiski, no tenía otro alcohol en mi casa. Retiré los pequeños

pedazos de vidrio en sus heridas y la cubrí con la gasa. Ella había dejado de llorar, me miraba hasta con cariño, y comencé a sentirme menos feo.

- ¿puedo quedarme aquí esta noche? - me pregunto en voz muy baja, -sí, puedes dormir en mi cama, yo me quedaré aquí en el sofá-, oh no, no hace falta, puedes acompañarme-, - está bien- le dije, -como te llamas, aun no se ni si quiera tu nombre-, -Sam- buenas noches Sam, yo me llamo Cristina- me dijo mientras se metía en la cama, -buenas noches Cristina, apagaré la luz-, - oh no Sam, por favor, esta noche no me apagues el sol- y me acosté junto a ella.

Dani Lè Prince

Hasta que la vida nos separe

El salón estaba lleno de un humo plateado, hediondo, que brotaba de las pipas del orador. No me gustaban los recitales, ni el teatro, ni el cine, las luces de aquellos lugares resplandecían sobre las cabezas de los seres humanos y les daba una forma ridícula, repugnante, más de lo que en verdad ya eran, y sin embargo yo estaba allí sentado compartiendo un pedazo del planeta con aquellas criaturas, artistas, intelectuales, sabiondos e intolerables críticos del periódico. Cuando las cosas iban lo suficientemente mal -y con esto me refiero a no llegar ni si quiera a conseguir un trago de vino que llevarme a la boca- recurría a estos mierdecillas de recitales donde lograba enfundar 20 pavos la hora sin a penas ningún esfuerzo. Ya era mi turno, - Sam nos compartirá

algunos de sus poemas, tengan buenas noches- dijo arrogantemente y sin mirarme el poeta de turno mientras yo iba subiendo perezosamente la escalerita que llevaba a la plataforma.

Esa noche salí ileso de toda esa masa de personas desesperadas por devorar a trozos a cualquier que lograra dar coherencia a más de dos ideas. Leí unos veinte poemas viejos y me fui a casa con mis veinte duros. No era feliz, pero no estaba triste, y eso me parecía genial.

Siempre al llegar a casa revisaba bien todo, el baño, debajo de la cama, en el armario, en la cocina, le tenía miedo a la muerte, a pesar de que le daba muy poca importancia la vida, pensaba que en cualquier momento alguien por alguna razón querría matarme, pero jamás lo hicieron, yo no tenía nada que fuese posible matar.

Prendí la radio y sintonicé la enciclopedia de música clásica de la capital, podía pasar horas escuchando a Puccini, o Vivaldi, aquella música no me pareció jamás compuesta por seres humanos, quiero decir, ¿cómo alguno de estos que me rodean, con pies y manos torpes, con cabezas rapadas, bocas abiertas, ojos ciegos, orejas de cerdo pueden crear algo tan sublime? Y de repente aquellos personajes se convertían en dioses para mí. No tenía nada más.

Mi perro Willie se deslizaba entre mis piernas acariciándome, y yo le devolvía el gesto con mis manos. Por momentos, por pequeños segundos todo me resultaba perfecto, al menos, lo era para mí.

Me desperté en la mañana con un terrible dolor de cabeza y fui a la taberna más cercana a comprar un poco de escocés con limón. Quizá se puede pensar que esto no soluciona el dolor de cabeza, ¡pero que rayos!, los borrachos todo lo curan con alcohol.

Llegue a la taberna y estaba completamente vacía, a excepción de una mujer morena, que observaba por la ventana hacia la calle, con ojos llenos de lágrimas y un trago de wiski en sus manos.

-Escoces con limón por favor- le dije al barman, y caminé hacia la morena lentamente. Yo me acercaba a todas las mujeres que podía, en general todas me ignoraban de una forma u otra, pero yo no tenía nada que perder.

Hola, me llamo Sam. le dije. - Patricia- respondió enjugando sus lágrimas en un pañuelo que sacó de su bolso. Aquella mujer tenía algo difícil de describir, tenía una forma muy particular de ser bella, no era su pelo, ni sus piernas, ni sus ojos, era es ardiente tentación que me provocaba en todas partes de embestirla como una bestia.

-Los hombres sois todos unos idiotas- dijo al fin, - solo quieren follar, y ahí te dejan no más, sin importarle el más mínimo resplandor de tu alma. Y en efecto, descubrí que ella no solo tenía un alma, sino que era intensa, sensual y pesaba mas que cualquiera de sus demás cualidades.

-Estoy totalmente de acuerdo- le dije yo, -a mi tampoco me gustan mucho los hombres, por eso vivo solo-

- ¿me dirás que no deseas follarme? Dijo clavándome esos ojos en los míos. - Si, totalmente, aquí mismo lo haría si pudiera- contesté, -lo sabía, es que todos sois iguales-

-Oh si, todos lo somos, no hay nada que hacer al respecto- le dije con una sonrisa. -Pareces medió chiflado, por qué vienes aquí a hablar conmigo, allá fuera hay millones de chicas jóvenes a quien puedes molestar-, -vale, mañana te veo aquí a la misma hora, nuestras almas ya han quedado jodidamente entrelazadas y no puedes hacer nada al respecto- - muy bien, hasta que la vida nos separe- dijo ella, y me fui de allí.

Dani lè pince

El amor no tiene un rincón para dormir

En este pedazo de mundo, esta porción de la ciudad, los días transcurrían calurosos, húmedos y pesados, como plomo derretido el sol se encendía y se derramaba sobre nuestros cadáveres, y todos nosotros lográbamos sobrevivir de algún modo, aniquilando el tiempo con botellas medio vacías, solos, en unos rincones dispuestos para cada uno como si fueran sepulcros.

Yo tenía veintidós años, y ya sentía que había consumido varios siglos de vida en este saco de huesos y pellejo que comenzaba a pesarme ya por el hecho de trasladarlo a todas partes. Volvía todos los días del instituto. Observaba a las demás gentes de la tierra moverse en manadas y grupos ridículamente enormes, todos marchaban muy juntos, hacia algún lugar, hacia sus vidas que yo no conocía. Me parecía que todos necesitaban aquella masa increíble de compañía, hasta para mear, hasta para morir se necesitaban los unos a los otros. Yo comencé a traducir estos comportamientos humanos como un terrible miedo a la muerte, a la soledad, al hecho de encontrarse frente a la pared de una habitación en calzoncillos, sobre unas sábanas sucias a media noche pensando en la ocasión de despertar de todo aquello.

Yo no tenía amigos, ni amantes ni putas de turno, andaba de aquí para allá observando todos esos universos que me rodeaban desde lejos, sin tocarlos, sin hablarles, tan solo mirando, tan solo mirando, tan solo...

Me sumergía cada vez más en un mundo totalmente solitario, lejos de los demás. Mi justificación era simplemente el estar incómodo con toda la raza humana, sin embargo, la realidad era que me aterraba que los seres humanos descubrieran que necesitaba una brutal dosis de cariño.

El vecino de al lado me saludaba de vez en cuando. ¡BUENOS DIAS SAM! Decía haciendo un ridículo gesto con su mano. Me caía bien el desgraciado, era un viejo que jamás me molestaba, ni a nadie. Si hubiese invitado a algún hombre a una copa hubiese sido él. ¡BUENOS DIAS CHARLIE! Respondía yo brevemente y me metía en mi casa.

No había espacio para más, el odio y el aburrimiento habían llenado todos los lugares disponibles en el alma de la gente, psicológicamente todo el mundo estaba agobiado, y podías verlos en sus rostros, oírlo en sus palabras, olerlo en sus cuerpos...

Un día y el siguiente eran exactamente iguales, sin prisas, como una parodia. Si Dios existía en alguna parte del cielo, estaba allá arriba burlándose de todos nosotros mientras se jodía a una puta de pelo rojo.

Dani Lè Prince

El parque

Ya había terminado por fin la semana, después de cinco días toscos, aglomerados de un infernal tumulto de mierdecillas cotidianas en todas partes, me sentía ya herido de mi propio espíritu, y podía de una vez sumergirme en otras labores.

Yo no tenía hijos, pero por alguna razón que quizá pudieses parecer contradictoria con todos los rasgos de mi carácter, me gustaba caminar los sábados hasta el parque de niños, me sentaba allí, y veía jugar a toda aquella bandada de chiquillos mientras le daba un sorbo a mi cappuccino. Aquellas criaturas se revolcaban en la tierra, se raspaban las rodillas al caerse de algún columpio y sonreían casi todo el tiempo. Sus padres a penas se daban cuenta de todo aquel fantástico espectáculo mientras buscaban con quien pegar el cuerno en las redes sociales de su maldito cacharro inteligente. Sin embargo, yo sumergía mi cerebro en aquel desmadre de risas y piruetas graciosas que iban improvisando los pibes en los juegos del parque. No sé muy bien por qué hacía yo esto, generalmente evitaba los contactos humanos, y si bien estar allí con significaba tener roce con ninguno de ellos, de repente me encontraba rodeado de todos esos seres que tanto me revolvían las tripas.

¡HOLA SEÑOR!, ¿POR QUE LLEVAS ESE SOMBRERO TAN FEO?
Me interrogó muy directamente observando mi sombrero de copa un pequeño hombrecito de unos cinco años que se acercó a mi banco y se sentó al lado mío.

¡PARA SER MAS ALTO! Le dije. OHH, YA VEO.

Hubo un corto silencio que fue interrumpido por otra pregunta **¿Cómo SE LLAMA USTED?** Pió el pequeño, **¡SAM, ME LLAMO SAM!** Le contesté un poco irritado ya. **¡DONDE ESTAN TUS PADRES NIÑO!**

¡HE VENIDO CON MI MAMÁ, ES AQUELLA DE PELO RUBIO QUE LLEVA UN BOLSO!

En aquel momento todas las mujeres me parecieron iguales, joder, todas eran rubias o medio rubias, y todas llevaban un bolso donde cargaban las pertenencias de sus carajitos.

¡TODAS LLEVAN BOLSO! Le dije perezosamente. ¡BUENO, PERO MI MAMÁ ES LA MAS LINDA DE TODAS! Me dijo con voz muy melodiosa señalando a una hermosa mujer de pelo largo y rubio con un vestido azul que ponía en un precioso pedestal sus piernas blancas. YA VEO, ¿Y TU PADRE? ¡AHH, MI PAPA ESTÁ ALLÁ ARRIBA! Y miró al cielo, inocentemente. ¡USTED SE PRECE A MI PADRE! Me dijo. En ese momento se me estrujó el estómago y se me revolvió el alma. ¡NO LO SÉ, SEGURO TU PADRE ERA MEJOR TIPO QUE YO! Hubo esta vez un silencio prolongado que fue interceptado nuevamente por una de sus interrogantes: ¿TIENE ALGUN NIÑO QUE SE PARECE A MI?... ¡NO, NO TENGO! Le dije y guardé silencio.

Nunca había pensado si quiera tener hijos, ni si quiera tenía esposa. Me di cuenta de lo solo que estaba entonces. ¡dios, inmensamente solo, aquel pensamiento consiguió ponerme triste, yo estaba muy enfermo, enfermo de mi alma.

¡JAAAAAACK! NOS VAMOS. Graznó su madre, y se marcharon juntos.

Dani lè Prince

Sábanas limpias

La noche en que conocí el amor estaba borracho. Había salido del bar después de una larguísima y aburrida fila de rondas de cerveza. Ríos y ríos de cerveza, me encontraba noqueado caminando a tientas por la calle. Eran alrededor de las diez de la noche. ¡MALDITO VIEJO BORRACHO! Balbuceé, y no era viejo, pero mis veintidós años me pesaban como una roca

atada a mis pies. Toda mi vida era un lastre de vomitivas historias y tripas revueltas que no tenían coherencia en lo más mínimo. Me hundí en relatos y poemas para no saltar de un edificio cuando existir se había vuelto jodidamente terrible. Bueno, iba caminando borracho a las diez de la noche y ¡OYE TU! Me dijo una voz femenina. Yo no veía prácticamente nada, la miopía me carcomía el cerebro y los ojos desde hacía años. ¿NECESITAS AYUDA? ¡NO! Le respondí. -PUEDO LLEVARTE A TU CASA- insistió. -DEJAME EN PAZ PUTA ZORRA, NO TENGO DINERO PARA PUTAS- contesté mientras caía de bruces contra la acera, y no recuerdo nada más.

Debían haber pasado unas veinte horas de aquello cuando desperté en mi cama. Sobre unas sábanas limpias, con almohadas y fundas limpias y planchadas. -DIOS, ESTA NO ES MI CAMA- pero si lo era, allí estaba la mancha de humedad en el techo, y el hueco en la pared.

Me levanté con una horrible resaca que me retorció el universo, y al incorporarme completamente vi una pequeña nota en la mesita del cuarto con un breve manuscrito: ENCONTRÉ TUS LLAVES EN EL BOLSILLO DE TU PANTALON Y TE TRAJE A TU CASA. AH, Y NO SOY PUTA.

Firmaba Penélope el final de la nota. Donde adjuntaba una minúscula foto de ella modo pasaporte.

Su rostro era lo más parecido a un cuadro de Van Gogh, su pelo caía sobre sus hombros en espirales preciosas y sus ojos encendidos como dos hogueras que podrían quemar todos los bosques de la tierra, contrastaban con unas cejas castañas muy bien recortadas. No sé si me enamoré de ella, mierda, pero se me encrespaban las entrañas cada vez que observaba aquella foto.

Todas las buenas historias en mi vida, o al menos las posibles futuras historias, parecían no tener un desarrollo, nunca llegaban a ninguna parte. Entonces comencé a perder el sentido de las cosas, y volví a sentirme solo.

Pocas semanas después del ridículo espectáculo amoroso al cual afortunadamente había sobrevivido en total ausencia de cualquier persona evitándome un grotesco murmullo de mi conciencia, todo parecía haberse esfumado para siempre, toda ella, borrada de la faz de la tierra como si me hubiese encontrado con un fantasma en medio de una calle concurrida de seres vivientes.

Había ido a comprar wiski al mismo bar de siempre, entré, estaba lleno, me dio una horrible repulsión el quedarme allí a compartir la música, el humo y la tarde con todos esos sujetos de madera, me pedí una botella y me fui de allí. Al cruzar la puerta mi universo giró todos sus ejes en sentido contrario, ella estaba allí parada, con sus risos hasta el hombro. -Madre mía, hubiese reconocido esas espirales en una plaza aglomerada con cien mil personas parecidas-

-ZORRA DESGRACIADA, POR TI CONTINUÓ LABANDO MIS SABANAS TODAS LAS SEMANAS- le dije

¡HOLA SAM! Contestó con una magnífica sonrisa en sus labios. Y nos largamos de allí.

Dani Lè Prince

Cuando se suicidan los Árboles de navidad

Diciembre normalmente llegaba como una flecha envenenada para casi todas las almas como la mía, horizontal y afilado con sus mierdecillas navideñas y las familias falsamente unidas, y las luces y los árboles con ganas de suicidarse. Papá Noel debía estar bastante borracho, y seguramente nadie se enteraría.

Yo estaba en mi casa a las siete de la noche, era miércoles, y los miércoles las putas eran más abundantes en cualquier parte, sobre todo en esta etapa del año en que todos los seres del planeta parecían estar bajo una sobredosis de dopamina de mierda.

Me puse mi chaleco negro, unos pantalones de mezclilla y un cinturón de cuero que me había regalado mi padre. Me parecía gracioso que el arma que utilizaba para pegarme era ahora la que usaba yo para azotar a las zorras de la noche. Aquello siempre me resultó una transitividad de alguna forma vengativa, si embargo yo estaba convencido de que detrás de todo aquello no existía ningún trauma.

Al doblar la primera esquina me encontré a una que ya iba bien colocada con su hierba, yo nunca juzgaba nada, algunas personas necesitan ponerle un poco de anestesia al dolor de seguir respirando. Camine hacia ella, me miró con indiferencia, - ¿te puedo servir en algo? - me dijo. - ¿cuánto por un completo? - le pregunté sin mucho interés. - 50 de los grandes-

Paré un taxi y ella dirigió el trayecto hasta un motel donde al parecer trabajaba normalmente. No intercambiamos muchas palabras. Ni ella ni yo necesitábamos intercambiar absolutamente nada más que un negocio que a veces podía ser placentero.

Llegamos a la pocilga donde nos dirigíamos, entramos a la habitación y ella cerró la puerta. Yo en verdad tenía muchas ganas de follármela, no particularmente a ella, me hubiese follado a cualquier mujer esa noche, y esos eran indudablemente los efectos adversos de la soledad en la que vivía todo el tiempo.

Me tiré en la cama y ella comenzó a hacer lo suyo, era bastante mala, se veía algo ridícula bailando sobre mi regazo, quizá por ir tan fumada de aquel odioso porro, no obstante, logró empalmarme rápidamente, y se metió todo aquel aparato en su boca. Lo hacía mejor que el baile, yo comencé despojarme de las pocas cualidades humanas que me restaban y la agarré por su pelo rizado, la embestí como una bestia, unas veinte o treinta veces. Me corrí brutalmente dentro de ella, aquello era el acto mas hermoso al que podía aspirar yo con cualquier otra persona sobre la tierra. Al vestirme pagué los cincuenta duros y me largué. Siempre después de estar con una mujer comenzaba a deprimirme implacablemente, si fuese a explicarlo sería como una horrible resaca luego de beber un barril entero de cerveza, la diferencia es que la cerveza no hablaba, no tenías que interactuar con ella más que para beberla hasta el fondo, y al final de todo siempre podías recurrir a ella sin aburrirte.

Observé mientras regresaba a mi pedazo de mundo todas aquellas grotescas decoraciones en las casas, los bares, las gasolineras, los estacionamientos, y de repente todo aquel horrible espectáculo consiguió ponerme enfermo. Vomité mis entrañas en la acera, hasta una porción del alma se me iba en todo aquello. Absolutamente todas las cosas me estaban devorando vivo, y yo no pretendía cederles ni un espacio, cuando le cedes un espacio a los devoradores, ellos entran, se acomodan, y se quedan allí para siempre, y luego no puedes hacer nada para sacarlos.

Llegué a mi cuarto un poco a tientas y con mareos, cualquiera en mi lugar, con mi vida, no hubiese salido nunca de esas cuatro paredes, pero yo en verdad era un cabrón muy duro. Me tumbé en la cama, todo seguía intacto, quedaban algunas horas para dormir, y cerré los ojos para hacerlo.

Dani lè Prince

No existía nadie en el mundo para mí

A mis veintidós años de edad ya llevaba en mi alma muy fuertemente arraigada la idea de que ningún ser humano sobre la tierra era digno de confianza, hasta este día de una forma u otra todas las personas a las que conocía habían encontrado la manera de traicionarme o hacerme daño.

Mi niñez fue bastante normal hasta mis nueve años, cuando encontré a mi madre colgada en el almácigo del patio, fría y dormida para siempre. No recuerdo haber llorado, ni haber dicho una sola palabra entonces. Solo me quedé allí, pasmado, pensando cómo sería mi vida a partir de ese instante. Efectivamente con su muerte se iban todas las esperanzas de tener un amparo sincero de manos de una dama, y comencé a apegarme al pensamiento de que todas las personas que me rodeaban trataban de deshacerse de mí.

Mis abuelos nunca me quisieron. De ellos solo escuchaba a menudo frases como: ``...este es el niño más feo de la familia, menos mal que al menos no nos salió bobo...´´

No tenía hermanos ni tíos, solo quedaban mis abuelos y mi padre, que me odiaba con todas sus fuerzas y me hacía saber de alguna forma todos los días que yo no era más que un lastre para él, y culpaba siempre a mi madre de habernos dejado solos a ambos con todo este desorden. Mi padre se emborrachaba al menos cinco veces por semana y por cualquier motivo blandía su cinturón de cuero contra mí, si, ese cinturón que más tarde me regalaría al graduarme de bachiller. Para ese entonces mis abuelos aun vivían, y recibí la única frase de afecto que lograron darme en todos esos años: ``se nos graduó el feo de la familia, al final quizá sirva para algo´´.

Los demás niños en el colegio nunca me hablaban, y no se burlaban de mí, de hecho, no hacían nada con respecto a mi existencia, era como si yo no estuviese en verdad entre todos ellos, e incluso algunos maestros al pasar la lista y mencionar mi nombre me preguntaban si era yo el nuevo de la clase, todos salvo el jardinero de la escuela que a veces se sentaba a mi lado en el recreo y me contaba sus historias de la guerra las cuales yo escuchaba sin decir una sola palabra. Quizá nos entendíamos bien porque ambos estábamos del mismo lado de la sociedad, de ese bando de gente que no parecen ser útiles para nada, esos flagelos a los que los jefes siempre tratan como si emplearlos en algo fuese más bien una maravillosa obra de caridad. Yo en fin no parecía existir para nadie.

A pesar de todo yo era talentoso para las artes, y aprendí a tocar la guitarra y a escribir poesías que enviaba anónimamente al periódico de la ciudad, sin embargo, todos mis defectos eventualmente se aglomeraron alrededor de todas mis virtudes como para asfixiarlas, y al fin y al cabo lo hicieron. Estuve

con algunas mujeres, y todas me arrancaron un pedazo del alma, incluso la única de la que me había enamorado sinceramente, y con la cual compartí uno de los mejores años de mi turbulenta juventud, resultó ser una zorra que se follaba a uno de los utileros del grupo musical donde yo hacía de guitarrista.

Con el tiempo me di cuenta de que me había quedado vacío, o al menos albergué en mi pensamiento la convicción de que algo iba mal dentro de mí, algo que jamás conseguiría arreglar, y de igual forma ya no quería hacerlo, y dejé de esforzarme en casi todas las cosas que hacía. La vida cobró un poco más de sentido cuando me alejé de las personas, y la soledad me encestó un golpe permanente en lo más jodidamente hondo de mi espíritu, y entonces llegué a estar horriblemente triste.

La vida me había tomado por sorpresa como un luchador invicto al que, fuera de del ring de boxeo sentado en un bar bebiendo una copa de vino, le encestan de golpe una bala en medio del cerebro. Así era todo y así sigue siendo, como una de esas enfermedades crónicas con la que los hospitales se hacen millonarios.

Hoy estaba aquí en el bar bebiéndome un wiski y recordé todo esto. Mi historia ha sido como una perra abandonada en una esquina a la que todos pisan cuando pasan. Hoy es mi cumpleaños, mi madre me hubiese dado un beso antes de ir a dormir, brindo por ella esta noche.

Dani Lè Prince.

Un rayo de luz

...Aquella mañana me despertó un terrible dolor en mi úlcera estomacal. Abrí los ojos y observé el techo, inmóvil, retorcido y me arrastré como una serpiente hasta el borde de la cama para alcanzar los zapatos en el suelo.

- ¡Ohh dios, estoy acabado! -

Bebí un sorbo de una botella de cerveza que quedó a medias la noche anterior, y ese fue mi desayuno. Había dejado el trabajo en la oficina de teléfonos hacía dos semanas. Ya no soportaba escuchar al imbécil de Víctor todo el día, y me enfermaba continuamente resolver problemas que yo no había provocado, que no eran míos, mientras mi propio mundo se estaba cayendo a pedazos.

De repente a mi alrededor todo parecía haberse vuelto una catástrofe, y por primera vez salí a la calle e intenté cambiar algunas cosas.

Me levanté de la cama en calzoncillos, entré al baño y solté una buena cagada, me limpié y me peiné, lavé mis dientes y mi cara, me puse unos vaqueros azules y una camisa negra medio sucia que aun soportaba un par de andanzas y me dispuse a ir al médico.

A veces cuando el dolor es demasiado intenso es muy conveniente encontrar con quien compartirlo, y en m caso al menos que me ofrecieran alguna solución posible.

Fui andando hasta el hospital y tuve que parar unas cuantas veces en el camino, mi estómago no se estaba portando bien. Vomité en frente de un puesto de helados, salía sangre de mis entrañas y los niños con sus madres me observaban espantados con su repugnancia dibujada en sus rostros. Hubiese podido tomar el transporte público para llegar hasta el hospital, pero el solo hecho de encontrarme en ese hacinamiento de seres siendo trasladados por un enorme cacharro metálico que se tragaba a toda la lacra de la ciudad me hubiese puesto aún más enfermo.

-Buenos días, ¿cómo se siente usted? - dijo el doctor. El solo sarcasmo inútil de la pregunta me incitó a responderle una gilipollez, pero medio pereza, estaba bastante jodido.

- verá usted, yo tengo una enorme ulcera en el estómago, o eso me dijeron alguna vez hace años, a veces duele un poco, pero hoy me está matando-

- ¿Ingiere usted bebidas alcohólicas? -

- toneladas- respondí.

- bueno, tendré que hacerle algunos exámenes para asegurarme de como va la cosa allí dentro, pero no podrá beber por ahora-

Tres días horribles transcurrieron y el dolor era aun más agudo, el solo acto de salir de mi cama a mear o beber un vaso de agua consumían todas mis fuerzas, hasta que volvía a tenderme en mi cama derrotado.

Sonó el teléfono, sonó varias veces. Yo no contesté. ¡riiiiiingg! Volvió a sonar, ¡DIGAME!

-Hola, ¿es usted Samuel Domínguez? -

-si soy Sam, ¿Quién me habla? -

- soy su doctor, necesito que venga urgentemente al hospital, tengo en mis manos el resultado de sus exámenes, necesito hablarle de ello-

-ohhh, no creo que pueda, estoy muy enfermo como para salir-

- verá Sam, usted tiene cáncer en el estómago, y su hígado está frito- aseveró fríamente.

Hubo silencio durante varios segundos, y el doctor replicó: ¿me ha escuchado Sam?

-si, vale gracias- y colgué el teléfono.

La muerte se me apareció en mi cabeza de disímiles formas, era un sabor extremadamente temprano del final. Mi cuerpo se había deteriorado como si mi espíritu hubiese hecho de él un uso tal que todos los años de mi vida se condensaron allí, en un instante. Yo mismo me había sentenciado de todas las maneras posibles, y la muerte no me pareció al fin y al cabo una mala cosa.

A la mañana siguiente el teléfono gritó desde muy temprano, no parecía haber fortuna ni si quiera para dormir hasta el mediodía. A veces todas las cosas del universo se ponen de acuerdo para destruirte, y en ocasiones, si les das un mínimo chance lo logran.

-hola- atendí.

- ¿Sam, como has estado? - se escuchó una voz femenina al otro lado de la línea

- no muy bien- contesté con cierta intriga todavía.

- soy Arelys, no te acuerdas de mí Sam? -

- ¡ahh linda!, ¿cómo no recordar esos enormes ojos verdes? -

- qué tienes Sam, te escucho débil, ¿sucede algo? ¿te molesta que hay llamado? -

- ohh no nena, solo estoy muy enfermo, tengo gripe-

- iré a verte, ¿aún vives solo? -

- pero estas muy lejos linda, no te molestes-

- Sam, tengo deseos de verte, no podrás evitar que esta vez te cuide de tu gripe.

Mañana estaré allá a las nueve de la noche-

- vale, hasta entonces linda-

Nunca he logrado explicarme a mí mismo como una chica como ella aún me llamaba, era todo lo contrario a lo que era yo. Limpia, esbelta, inteligente, sagaz, carismática y cariñosa, y portaba unos ojos como dos esmeraldas que valían mas que todos los tesoros de la tierra.

Bueno, iba a verle de nuevo. Tendría enfrente mío por última vez aquellos ojos infinitos. Yo ya no le importaba a nadie, probablemente ella fuese la única persona sobre la tierra que se interesara por mí.

Con ese pensamiento me dormí esa noche, con la profunda certeza de que, si al fin me tocaba partir de todo este mundo de mierda hacia cualquier otra parte, lo haría al menos rodeado de un poco de aquel rayo de luz,

Dani Lè Prince.

El tren

-Vas a morite solo Sam, viejo, feo, borracho, pero sobre todo solo. – me decía un viejo del bar con su vodka en la mano, ebrío, soltando sus pedos y eructando como una bestia mientras me veí a parecer por la puerta con mi aspecto de mierda y mi barba de dos semanas.

Lo cierto es que a mi no me importaban demasiado las cosas además del vino con hielo, las putas, los poemas sucios y dormir hasta el mediodía. No me importaba demasiado que el resto de la humanidad eestiviese allá fuera revolcándose entre su propio excremento y besándose con sus bocas podridas y sus lenguas podridas. Apuñalándose con sus lenguas puntiagudas capaces de abrirles abismos a un ejercito. Me daban igual los anuncios de pacotilla de la

tele, y aquellas tiendas hipócritas con sus lencerías baratas y sus trajes y sus corbatas baratas.

El cáncer no me había matado aún y la última chica había llegado y se había ido de mi vida sin aportarle demasiado a la trama de una vida tan efímera como la que llevaba yo. ¡Hay enfermedades peores que estarse muriendo! Pensaba para mis adentros mientras fuera se llanaban las cárceles, colapsaban sementeríos y manicomios. Es una locura.

Yo odiaba despertarme antes de las nueve de la mañana, odiaba toparme por la calle con este tumulto increíble de seres humanos apresurados por llegar a alguna parte, me parecían absurdas todas esas vidas y para mí no tenían el menor sentido. Sin embargo esa mañana me desperté temprano, me disponía a tomar el primer tren hacia San Lorenzo. Debía recoger un paquete de libros viejos que un pariente lejano decidió conveniente heredarme antes de ahorcarse.

Encontré mi lugar en el tren, el vagón estaba casi desierto, a mi izquierda iban una pareja de negros, y al frente, dos asientos más adelante iban unos judíos cargados con disímiles maletas y cajas.

Yo no llevaba equipaje, solo mi boleto de ida y mi boleto de regreso, iba a ser un viaje largo y aburrido.

Podía escuchar las conversaciones de los demás, y aunque no me interesaban en lo más mínimo me entretuvo durante unos treinta minutos.

-¿Por qué estabas mirando a esa blanquita de mierda de la cafetería?- le reprochaba la chica de mi izquierda a su marido mientras le pellizcaba el muslo

-tenía buenas tetas, ¿Qué querías que hiciera?)- le respondía él friamente. A ella le molestaba su actitud, y él estaba consciente de ello.

- ¿te la hubieses follado si hubieses podido verdad?-

- probablemente.-

-voy a cortarte los cojones hijo de puta, esta vez sí que estoy hablando en serio.-

- vale ya, déjame en paz, o te prometo que te voy a sacar por la ventanilla de una hostia. Estoy harto de tus mierdecillas de celos y tus estúpidos reproches-

Ella no le respondió, sus ojos desprendían verdadera cólera, y comenzó a llorar.

Aparté mi atención de aquella repugnante escena y volteé a ver a los judíos de enfrente. Hablaban un idioma extranjero y yo no entendía ni una jota de todo lo que cacareaban, pero basta observar los ojos, las bocas, el tono de la voz de los seres humanos para darse cuenta de sus estados de ánimo.

Uno de ellos parecía estar enfurecido, cabreado con uno de sus compañeros que sonreía y bebía de una botella medio vacía de ginebra. No dejaban de parlotear, y a veces parecía que iba a estallar una guerra entre ellos. Hombres de mierda, no pueden tragarse sus problemas para sí mismos.

Todos a mi alrededor parecían estar cabreados, angustiados, molestos, les pesaban sus vidas, sus familias, sus trabajos, sus parejas. De repente agradecí el estar completamente solo, y un sabor solitario de la muerte no me pareció entonces una mala cosa, al menos podía estar tranquilo.

Regresé a mis pensamientos y recordé mis años en el cole. La vida no era tan severa entonces y no todo era totalmente malo, es cierto que nunca fui la gran cosa entre los demás, pero tuve momentos medianamente felices entre toda esta basura que vino después. Yo me sentaba en el último pupitre del salón de clases, observaba a los demás alumnos, y todos me parecían tontos, los veía jugar y sonreír, cagarse y mearse encima, chillar y graznar por todas partes, y

nada más. A veces una de las niñas de primera fila volteaba su cabeza y posaba sus ojos sobre mí y me enseñaba el dedo. Sabía que yo le gustaba, pero ella siempre fue incapaz de admitirlo.

De vez en cuando el maestro de español se acercaba a mi lugar y leía e voz alta, con cierto tono de orgullo, un frgmento de mi composición: `` los seres humanos son idiotas con trajes, con trabajos y casas, que no se dirigen en realidad as ninguna parte...´´

-muy bien Sam- me decía, y los demás se burlaban de mí. Yo era el raro de la clase.

Lo cierto es que hubo un momento en mi vida en el que algo cambió drásticamente y ni si quera supe cómo, cuándo o qué había sido exactamente, fue como quedarse dormido en un viaje muy largo y pasar inconsciente por varias estaciones, solo se que ahora estaba allí, en ese instante en el que vi mi reflejo en el cristal del tren y no reconocí a la persona que vi.

El trayecto se hacía largo, el paisaje fuera corría apresurado como escapando de todos nosotros. Aquel monstruo metálico avanzaba sin compasión mordiendo los rieles, vomitando su humo hediondo por todos lados, rugiendo enfurecido.

El letrero `` Bienvenido a San Lorenzo´´ apareció por fin a un costado de la vía. El tren se detuvo em la primera estación y sopló con fuerza sus trompetas. Esperé que los demás salieran, mientras los detallaba por ultima vez, de pronto parecían haberse calmado, como si en realidad no se odiaran, hasta podría decir que con un rasgo de amor volvían a caminar juntos hacia la salida. La vida nos había traído hasta aquí a patadas, lo llevábamos como podíamos, al menos lo llevábamos de alguna forma, y eso estaba bien.

Deslicé mis pasos hasta el andén, miré a todas partes. El sol brillaba implacablemente contra nosotros desde lo alto.

Dani Lè Prince

Eres un Tipo Flojo

Era domingo en la tarde cuando tocó a mi puerta este tío, Richard, y asomaba la cabeza por la cristalería rota de mi ventana cacareando.

-hey Sam, vamos a dar una vuelta, es domingo-

-esta bien, ya salgo, dame un segundo- respondí desde dentro.

Me puse mis vaqueros azules y una camisa a cuadros, fui al baño, eché una majestuosa cagada, me lavé la cara, me peiné y lavé mis diente. Cuando salí Richard estaba recostado a la baranda del portal con un aspecto terrible. Podía notarse en sus ojos una angustia desesperada de un hombre al borde del suicidio.

En vísperas de San Valentín la gente se vuelve estúpida, ahí los puedes ver por doquier comprando montones de mierda para sus amantes, sus maridos y esposas. Bombones, velas, decoraciones inútiles, discos de Bob Lancey y toda esa estereotipada burla del amor.

El amor era una de las cosas mas absurdas y sobrevaloradas sobre la tierra, todos hablaban del amor y del sexo como si fuesen dioses, y para mí solo era una forma estúpida de lanzarse definitivamente al abismo.

Nos sentamos en el parque a observar los cisnes y a beber aquella botella. Yo no hablaba mucho, dejaba que Richard hiciera todo el trabajo en la conversación. Escuchaba sus cosas, sus problemas, escuchaba cada maldita palabra de sus patéticas y aburridas historias. Richard era un tío enorme, de aspecto rudo, apestaba a orina y a sudor todo el tiempo, era un gigante de metro noventa que podía noquear de un solo golpe a cualquier gilipollas del

bar, pero era una gigantesca masa inservible en casi todos los sentidos. Por dentro era un marica con el corazón tan blando como gelatina, vivía quejándose de su mujer, y de lo mucho que detestaba su vida, su trabajo, su sueldo. Richard era un ser que me provocaba, entre muchas otras cosas, una verdadera lástima.

-La gente apesta, ¿verdad Sam?- Me decía mientras mirábamos frente a nuestro banquillo una pareja morrear como si fuese un acto de canibalismo.

-Sin duda apesta, todo apesta-

-oh no, no todo Sam, el wiski esta bueno, los cisnes son hermosos. Mira, aquel se ha quedado quieto, nos mira-

-eres un buen tipo Rich, pero eres muy flojo para esta ciudad, para esta gente, para esta vida-

-no sé Sam, si pudiera conseguir un buen trabajo, una buena mujer, una buena casa en Grand Park, quizá fuese un tipo genial, con amigos, dinero, todas esas mierdas de las que ostentan los tíos de Wall Street-

-bah, a la mierda Wall Street , Rich, me importa un carajo todos esos dandis con sus corbatas y sus putas finas, y sus ferraris, yo estoy bien aquí. Lo que sucede es que tú eres un tipo flojo. No puedes vivir solo, no puedes dar un jodido paso solo-

Richard quedó en silencio durante unos minutos, le pegaba unos grandiosos tragos a la botella. Estaba ya intoxicado, yo a penas había bebido. Él empezó a hablar de nuevo, esta vez con un tono verdaderamente deprimente.

-Sam, uno de estos días voy a matar a mi mujer. No sabes cuanto la odio. El otro día salí al trabajo...-

Richard hablaba como si yo no estuviese allí, era como soltar a la deriva unas oleadas hediondas de sentimientos atragantados.

-...salí al trabajo, pasé todo el maldito día bajo el sol, moviendo raíles, debía haberme visto, nadie es mejor que yo moviendo raíles Sam, mis manos terminan cada tarde sangrando, pero era bueno, muy bueno, el mejor, ¿entiendes?-

-vale Rich, eres el mejor tío moviendo railes- respondi

-mientras regesaba del trabajo, Sam, tropecé en un charco de lodo. soy un payaso, el barro chorreaba por mis orejas, por mi nariz, los brazos. Llegué a mi casa como un condenado pordiosero, y allí estaba mi mujer, clavándome esos ojos muertos sobre mí-

-eres un imbécil Richard, incapaz de andar un palmo sin hacer algún desastre a tu alrededor- me decía la muy zorra.

Richard hablaba vehementemente, lloraba como una niña, y yo comencé a sentirme borracho chupando de aquella botella de wiski. Encendí un cigarrillo y le ofrecí otro a Richard.

-Deberías largarte de esta ciudad Rich, busca un pueblo con buenas putas, mucha cerveza, y quédate allí, deja que eso te llene. Encuentra algo que ames y deja que eso te consuma. Es mejor, en todo caso, que ser devorado por cualquier otra cosa que no te importe-

-¿Qué vas a hacer ésta noche Sam?-

-Nada, emborracharme supongo. No hay nada allí fuera -

-Vale Sam, nos vemos otro día, estoy ebrio y cansado de toda esta mierda de San Valentín-

-Espero verte cuando seas un tipo feliz- le dije.

-Ojalá.-

Lo que Richard no entendía aún era que yo podía ayudarlo en lo mas mínimo. Venía y me soltaba toda esa apestosa tristeza, como si yo fuese a darle alguna respuesta. Lo cierto es que yo también me estaba muriendo y nadie iba a quedarse allí para escucharme.

Dani Lè Prince.

El final de Sam

Después de varios meses de sobrevivir con la pención del paro, ir de aquí para allá dejando que todo fluyera como fluyen las aguas de una alcantarillas hacia el océano, por fin encontré un modesto empleo como editor en un pequeño periódico local. La paga era bastante delgada, pero al menos me permitía llevarme algo caliente a la boca en las tardes, y beber unas cerezas de vez en cuando sin esperar a que algún otro tonto me invitase.

Comenzaba a irme todo relativamente bien (después del desierto cualquier cosa ligeramente mejor puede parecer un oasis), y por primera vez en muchísimo tiempo me miraba al espejo y sentía que la vida podía darme un abrazo en vez de lanzarme pedos.

De camino a este trabajo, tomaba el transporte público todos los días a las 7:30 de la mañana, regresaba a las cinco de la tarde y en verdad no me disgustaba del todo, hasta logré ver en los demás seres humanos los mismos problemas y agravios que a mi me afectaban, y descubrí que no era diferente de todos los demás, pero eso no me molestó en lo absoluto, de hecho parecía que me llegase a complacer de algún modo.

Allí en el omnibús conocí a esta chica de pelo largo hasta la cintura, unos lindos pechos, ojos negros y húmedos, olía como a rosas y desprendía un

enigmático destello como si todo a su alrededor se llenara de flores azules, yo qué sé.

Yo solo era un pedazo de nada, inútil frente aquella despampanante belleza, que podría haber hecho retroceder a un ejército. Yo estaba idiotizado por aquellos pechos, aquellas piernas largas hasta el suelo, aquellas orejas casi perfectas, aquella boca de ceresa que hablaba como si todo aquello fuese el último de todos los milagros de Dios, y eso que yo no creía en Dios, pero frente a semejante ser luminoso, limpio, radiante, lleno de vida, podía creer en todos los dioses de la tierra.

Recuerdo que se sentó al lado mío y me sumergí en mi asiento como si yo no existiera, su presencia hacía que las demás presencias humanas en verdad no importaran en lo absoluto.

-ohh mierda- dije para mis adentros.

-aquí estoy sentado inútil, inmóvil, al borde de un abismo tan hondo que cualquiera podría morir allí-

las mujeres siempre han sido el abismo, la horca, las pastillas, la silla eléctrica, la guillotina de muchos hombres. Pensaba que iba a librarme de todo eso sin era lo suficientemente hábil, sin no decía una sola palabra, si no movía una sola uña para acercarme a esa muerte inminente.

Pero sus palabras nacieron de aquella boca, como espadas, dagas envenenadas contra mi pecho de madera.

-es usted de aquí cerca- dijo ella.

-pues sí- dije sin mirarla, para que no se percatara ni por un instante del verdadero terror que ella me causaba.

-ando en busca de esta dirección, no soy de aquí- habló registrando entre sus cosas buscando un papel con una dirección garabateada.

Observé los garabatos.

-no es muy lejos, podrías ir andando si deseas- le dije reprimiendo con fuerza todo aquello que llevaba dentro.

-¿podría acompañarme? Es que no conozco a nadie en esta ciudad tan llena de gente, y tu no me pareces un mal chico.

dudé por unos segundos en responderle, estaba totalmente paralizado, imbécil frente aquella mujer. Estaba al borde mas peligroso del abismo, de la silla eléctrica, de as pastillas, de la guillotina de los hombres. Sam se había enamorado.

-vale, te acompaño- contesté.

FIN

